
MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLITICA: UNA RELACION DIFICIL

Judith Astelarra



2

Después de cuarenta años de dictadura, no es extraño que existan dificultades de organización y participación política entre españoles. Estas afectan a los partidos políticos, que muestran una proporción baja de militantes, en especial si se la compara con los países europeos, pero también a las organizaciones ciudadanas y los movimientos sociales.

Parte de los problemas se producen, además, por una serie de incomprensiones mutuas entre los partidos y los movimientos sociales que terminan por hacer que aumente la apatía y falta de movilización. Presentaremos a continuación algunas reflexiones en torno a las relaciones entre los movimientos sociales y los partidos políticos, específicamente los de izquierdas,

sin que pretendan ser más que una primera aproximación al tema.

Movimientos sociales: enfoques teóricos

Movimiento social es un concepto amplio que agrupa a fenómenos y organizaciones diversas, tales como el pacifismo,

el feminismo, el movimiento vecinal, el movimiento obrero (distinguiéndolo de los sindicatos), etc. Para algunos autores, los movimientos sociales se desarrollan como

**No se pueden analizar
los movimientos sociales sólo
con los enfoques teóricos que se
centran en las desigualdades
de clase.**

respuesta a los nuevos problemas surgidos como consecuencia de la crisis de los países capitalistas avanzados. Las organizaciones políticas tradicionales, en especial los partidos, por su propia dinámica burocrática no han sido capaces de identificar y proponer respuestas para ellos, por lo que ha sido necesaria la aparición de nuevas formas de organización y movilización como son los movimientos sociales. Para otros autores, en cambio, se trata solamente de la movilización de ciertos sectores sociales excluidos de las instituciones y organizaciones políticas y que buscan acceso a ellas. En lo que todos coinciden es en que no se pueden analizar, tanto los problemas que han dado origen a los movimientos sociales como sus características, sólo con los enfoques teóricos que se centran en las desigualdades de clase.

Para A. Touraine ¹ los movimientos sociales reflejan la conducta colectiva organizada de un actor de clase luchando contra su adversario por la dirección social de la historicidad en un colectivo concreto. Ahora bien, no se trata de definir estos actores a partir de las categorías del pensamiento revolucionario de la época industrial que separaba el conflicto situado en el interior de la vida social de un campo cultural que estaría por encima de los conflictos, es decir, dissociaba el orden social y el orden metasocial. Es necesario considerarlos como actores históricos, guiados por orientaciones normativas y por un proyecto, pues no se debe separar las orientaciones culturales y el conflicto social. Para la concepción revolucionaria, los actores populares no eran más que la expresión de contradicciones sociales o los portadores de fuerzas naturales, nunca actores sociales históricos que desarrollaban proyectos propios.

Touraine define a los movimientos sociales como conductas socialmente conflictivas pero culturalmente orientadas, a diferencia del pensamiento clásico de izquierda que los define como la manifestación de contradicciones objetivas de un sistema de dominación. La acción de los movimientos sociales no estaría dirigida fundamentalmente hacia el Estado, ni puede ser identificada con una acción política de conquista del poder. Tampoco un movimiento social es el creador de una sociedad más avanzada que la que combate, ya que sólo defiende en un campo cultural e históricamente dado una alternativa social. Es necesario reemplazar el tema de la superación de un modelo social por el de la alternativa, lo que contradice las ideas evolucionistas que han dominado el pensamiento social del siglo pasado.

Alberto Melucci ² considera que los movimientos que surgen en las sociedades complejas del capitalismo tardío no se pueden considerar como simples reacciones a la crisis económica o a los problemas surgidos de la exclusión del «mercado político» de algunos grupos sociales. Los fenómenos colectivos que atraviesan las sociedades avanzadas son los síntomas de nuevas luchas antagónicas, aunque éste no sea su único significado. En las sociedades modernas se han producido cambios sociales sustanciales. Producir no significa simplemente transformar los recursos naturales y humanos en valores de cambio, organizando las formas de producción, dividiendo el trabajo e integrándolo en el complejo técnico-humano de la fábrica. Significa, por el contrario, controlar sistemas, cada vez más complejos, de información, de símbolos y de relaciones sociales. El funcionamiento y la eficiencia de los mecanismos puramente económicos y de los aparatos técnicos se confía a la gestión y al control de sistemas en los que las dimensiones culturales, simbólicas y de relación se convierten en preponderantes frente a las variables «técnicas».

En este contexto, los conflictos se desplazan hacia la defensa y la reivindicación de la identidad, contra aparatos distantes e impersonales que hacen de la racionalidad instrumental su «razón» y, sobre esta base, exigen una identificación. Las demandas antagónicas no se limitan a atacar el proceso de producción, sino que consideran el tiempo, el espacio, las relaciones y los individuos. Plantean demandas relacionadas con el nacimiento, con la muerte, con la salud y con la enfermedad, que ponen en primer plano la relación con la naturaleza, la identidad sexual, los recursos de comunicación, la estructura biológica y afectiva del comportamiento individual. En estas áreas, aumenta la intervención de los aparatos de control y manipulación y, como consecuencia, se manifiesta una reacción difusa a las definiciones de identidad externas, aparecen demandas de reapropiación que reivindican para los individuos el derecho a «ser» ellos mismos.

La dificultad actual reside en el hecho de encontrarnos en una fase de transición:

el nuevo embrión está naciendo dentro del viejo seno, los nuevos actores se expresan con el viejo lenguaje porque todavía no tienen un lenguaje propio, tanto en el terreno de las ideologías como de las formas políticas de representación. Por otro lado, hay una gran variedad de movimientos sociales. Algunos están más o menos directamente ligados a grupos de una condición social determinada (mujeres o jóvenes); otros se definen por sus objetivos (ecologismo, pacifismo) y tienen sujetos relativamente poco estables. Esta variedad muestra que en las sociedades contemporáneas se está produciendo un cambio de forma de la acción colectiva.

Para Melucci, tres conclusiones se pueden extraer de este análisis: primero, los actores sociales conflictivos no limitan su figura social a los conflictos en los que participan. El compromiso en un conflicto antagónico no cubre toda la gama de

posibilidades de acción de los sujetos involucrados en él. En segundo lugar, los conflictos que surgen son limitados: manifiestan cuestiones determinadas y movilizan distintos actores. Se reproducen con cierta facilidad y tienden a desplazarse, una vez institucionalizados y a difundirse a otras áreas sociales. Finalmente, los actores de los conflictos antagónicos refuerzan de tal manera ciertas contradicciones específicas del sistema que, coyunturalmente, activan las movilizaciones. Se podría decir que determinados elementos de la condición social o de la posición de un grupo entran en colisión con la lógica dominante a nivel de sistema y la hacen evidente.

La mayoría de los autores comparte los análisis anteriores, en el sentido de señalar que los nuevos movimientos sociales surgen en las democracias occidentales como

La gran variedad de movimientos sociales muestra que en las sociedades contemporáneas se está produciendo un cambio de forma de la acción colectiva.

respuesta a una situación de cambio acelerado y, aunque sus objetivos a veces no son tan nuevos, reflejan una racionalidad diferente a la Ilustración diecioches-

ca que generó el movimiento obrero. Los nuevos movimientos sociales introducen un sentido espontáneo, irracional, accionalista en el panorama social. Anuncian realidades nuevas que tienen que ver con el modelo económico de crecimiento y desarrollo tecnológico, el modelo cultural, el político y el simbólico.

El análisis de estos movimientos plantea la necesidad de redefinir la herencia económica, política, cultural y simbólica heredada de la Revolución Francesa y del movimiento que le dio origen, la Ilustración. Los ilustrados establecieron una forma nueva de conocimiento con la razón como guía y crearon una estructura política fundada en el espacio público, así como pautas de socialización y un nuevo mundo institucional en abierto conflicto con el universo simbólico feudal. La dinámica social de los neo-movimientos puede suponer la identidad de una sociedad

que busca la recreación de un universo simbólico que cohesione y organice un marco diferente de relaciones sociales. Esto supone la reivindicación de la autonomía y

autogestión en materia económica, la participación política, la recreación de la subjetividad y la vida cotidiana como fundamento simbólico de la nueva razón y la exaltación de lo lúdico como base para la resimbolización de lo social.

Los nuevos movimientos sociales son un fenómeno diferente, que responde a los problemas de las sociedades occidentales como consecuencia de las profundas transformaciones culturales y sociales que las afectan. Pero su interés no sólo radica en esto: también sus propuestas de transformación son importantes, en la medida en que se refieren a la profundización de la democracia. Los movimientos sociales plantean la necesidad de ampliar los mecanismos de participación y representación, no sólo en las instituciones del Estado sino también en los partidos políticos, las organizaciones sociales y la vida cotidiana. Su respuesta a los problemas planteados pasa por el fortalecimiento del tejido social y por el desarrollo de formas de organización nuevas que no sean burocráticas y jerarquizadas. Esto produce dificultades en su relación con la política tradicional.

En primer lugar, se trata de la relación con las organizaciones políticas ya institucionalizadas, en especial los partidos. La mayor parte de los nuevos problemas enunciados no han sido aceptados como tales por los partidos por falta de capacidad innovadora que los hubiera llevado a tomar la iniciativa. Su propia burocratización hace que miren con desconfianza toda iniciativa que no haya surgido directamente desde su interior. Esto no significa que no puedan asumirlas llegado el caso, pero para ello deben ser capaces, por ideología y práctica, de relacionarse con los movimientos sociales y aceptar sus propuestas, lo que no ha sido fácil.

Los nuevos movimientos sociales surgen en las democracias occidentales como respuesta a una situación de cambio acelerado.

En segundo lugar, la flexibilidad organizativa y la exigencia de mayor democratización de los movimientos sociales dificulta a veces el entendimiento. Tanto los

partidos como los cargos directivos de las instituciones estatales tienden a pedir líderes establecidos y reconocidos y a buscar canales de jerarquía que no existen en los movimientos sociales. Al mismo tiempo, muchos de los principios de autoridad en que se basa el Estado se resienten por las propuestas de los movimientos sociales de buscar mecanismos más amplios de participación que garanticen la rotación del poder. Como, en la mayoría de los casos, los diputados, los altos cargos y los dirigentes permanecen en sus puestos por períodos muy prolongados de tiempo y esto casi se ha convertido en una norma, el principio de rotación del poder necesariamente ha de provocar su rechazo y enfrentamiento. Hay otro tema en que se produce este enfrentamiento: la exigencia de transparencia en la información como requisito indispensable para la democratización, que está en abierta contradicción con la generalización cada vez mayor de las instituciones estatales y los partidos políticos, a considerar un amplio campo de materias como «clasificadas» o «secretos de Estado». Todos estos problemas han aparecido en forma más nítida cuando un movimiento social decide transformarse en partido y participar directamente en las instituciones estatales, como ha sido el caso del Partido Verde en Alemania.

Los movimientos sociales españoles

En España, los movimientos sociales y sus organizaciones se han desarrollado a lo largo del proceso de transición democrática, es decir, al mismo tiempo que se creaba una nueva institucionalidad del Estado y que los partidos políticos adquirían vida legal. En cierta medida, ello contribuyó a que tuvieran presencia activa en la sociedad, pues coincidió con un perío-

do de grandes movilizaciones, pero también ha generado ciertos problemas derivados de la falta de tradición asociativa y participación política. En lo que resta de este artículo intentaremos señalar algunos de estos problemas. Es importante que se produzca un amplio debate sobre este tema en el futuro, pues se hace necesario que se impulse la existencia de espacios reales de participación de las y los ciudadanos, una vez conseguida la consolidación de las instituciones democráticas.

Al igual que en otros países, los movimientos sociales que se desarrollaron desde mediados de los setenta, primero el feminismo y luego el ecologismo y el pacifismo, respondían a los nuevos problemas de una sociedad avanzada que ya se comenzaban a manifestar en España. Durante los años anteriores, últimos de la dictadura, se habían desarrollado algunos movimientos sociales importantes, como el movimiento obrero, el estudiantil y el vecinal. La inexistencia de partidos políticos y organizaciones sindicales legales hacía que éstas se expresaran a través de estos movimientos. Al mismo tiempo, más allá de sus reivindicaciones específicas, todas las expresiones políticas confluían en un objetivo general común: el establecimiento de un sistema democrático. No existía, entonces, una separación radical entre los movimientos sociales y los partidos políticos, pues estos últimos debían expresarse a través de ellos y de las organizaciones ciudadanas legales, cuando éstas existían. Dirigentes y militantes de ambos eran a veces las mismas personas o sus vinculaciones eran muy estrechas.

Al ser legalizados, los partidos y los sindicatos pasaron a ocupar su espacio propio y a desarrollar las actividades normales de estas organizaciones en una democracia. Las características de la transición les dio el principal protagonismo en el proceso de pactos y negociaciones que condujeron a las primeras elecciones libres y,

Tal como se dice que hay una «razón de Estado», también hay que admitir que hoy existe una «razón de la sociedad».

posteriormente, a la redacción y aprobación de la Constitución. De hecho, se consolidó un sistema representativo parlamentario de fuerte control partidario y en el que ciertos mecanismos de participación directa, como el referéndum, tienen menos posibilidades de ser empleados que en otros países europeos. El reglamento de funcionamiento de la Cámara, además, hace que los diputados estén sometidos a una rigurosa disciplina partidaria, lo que no permite que puedan tener relaciones directas con los ciudadanos y sus organizaciones o posturas individuales, diferentes de las de su partido, en temas como los planteados.

Durante los primeros años de la transición surgieron movimientos sociales como los del resto de Europa, primero el feminismo y luego el ecologismo y el pacifismo. Las reivindicaciones que planteaban respondían a los nuevos problemas a los que hemos hecho referencia, también presentes en la sociedad española, aunque su reflexión teórica provino básicamente de los análisis ideológicos desarrollados en estos países. Los principales miembros y militantes de los distintos grupos que se crearon venían de los diferentes partidos de izquierda, parlamentarios o extra-parlamentarios, ya fuera que siguieran militando en ellos o que los hubieran dejado. En la medida, sin embargo, en que se consolidó el panorama electoral, haciendo que ciertos partidos de izquierda (como el MC o la LCR) no consiguieran representación parlamentaria, la presencia de estos grupos se hizo preponderante en los principales organismos coordinadores de los movimientos sociales.

Como ya se ha indicado, una de las dificultades de los nuevos movimientos sociales es que todavía no han consolidado

marcos de referencia ideológicos y formas de organización radicalmente diferentes a las existentes. Los partidos políticos que han tenido preponderancia en los movi-

mientos sociales españoles son partidos de tradición leninista o trotskista, para los que la revolución es aún una tarea pendiente y esto se refleja tanto en las propuestas ideológicas como en las acciones prácticas. Un ejemplo: en las últimas jornadas feministas estatales, la mayoría de las ponencias políticas sostenían la tesis de la necesidad de destrucción del Estado burgués y de sus instituciones parlamentarias.

Esta postura ideológica no es sólo una cuestión teórica ya que se manifiesta también en muchas de las acciones emprendidas. A veces problemas que son aceptados como tales por la opinión pública y que concitarían un apoyo importante, son enfrentados mediante acciones que producen rechazo. Otro ejemplo del movimiento feminista es ilustrativo. La ley del aborto y su aplicación no han sido capaces de resolver, ni siquiera en

unos mínimos aceptables, el problema. No sólo se trata de que la ley es restrictiva, sino que su reglamentación ha hecho que los médicos dispues-

tos a hacer abortos no hayan recibido el apoyo necesario por parte del Ministerio de Sanidad. Los datos de algunas encuestas indican que los españoles aprueban esta ley, por lo que es de suponer que, bien informados, también compartirían las críticas que se hacen a su aplicación.

Si se aunaran los esfuerzos de los médicos y los centros de planificación familiar dispuestos a cooperar, las organizaciones feministas y la opinión pública, se podría generar un amplio movimiento de presión. Ahora bien, en las jornadas estatales feministas a las que hacíamos referencia, un grupo de participantes de las comisiones pro-aborto, en las que suele haber una presencia importante de militantes de los grupos antes señalados, realizaron dos abortos en una de sus aulas. La intervención se filmó y se guardaron los fetos en unos botellines que se exhibieron a los medios de comunicación. Es difícil imaginar que

esta acción responda al principio feminista de que los abortos no son un hecho agradable para las mujeres que deben realizarlos, que su intimidad debe ser garantizada y que deben ser realizados en condiciones médicas adecuadas. Tampoco una acción de este tipo genera apoyo de la opinión pública, sino, por el contrario, rechazo. Por lo que es difícil situarla como parte de una estrategia tendiente a ampliar la ley y garantizar su aplicación. Pero, sí es más fácil comprenderla como una acción de enfrentamiento con el Estado burgués represor, en este caso la Administración socialista, coincidente con la lógica de los planteamientos políticos de las ponencias a las que hacíamos referencia.

Ahora bien, los movimientos sociales españoles y sus principales organizaciones también están constituidos por otros sectores que, sin compartir las ideas y acciones

**Desde los movimientos sociales
ha habido falta de reflexión
sobre cómo participar
en la construcción del Estado
democrático.**

de la extrema izquierda, son críticos con respecto a los partidos parlamentarios de izquierda. Habría que distinguir en este caso entre la actitud con respecto al

PCE y el PSOE, en especial desde que éste asumió el gobierno. Con respecto al PCE, este partido ha mantenido más relación con los movimientos sociales y sus demandas, aunque ésta ha tenido altibajos debido a su crisis. En todo caso, muchos de sus ex militantes se han incorporado a las organizaciones feministas, ecologistas o pacifistas. El problema, sin embargo, se ha producido en la medida en que esta participación, en especial en el movimiento pacifista a raíz del referéndum sobre la OTAN, ha buscado ampliar la base electoral comunista, deteriorada por diversos factores.

El caso del PSOE es diferente. En primer lugar, nunca tuvo una presencia tan activa en los movimientos sociales. En segundo lugar, su relación con ellos varió sustancialmente desde que se convirtió en gobierno. Como se ha indicado, la lógica de los movimientos sociales no es la del

Estado, ni buscan, necesariamente, llegar al poder. Por el contrario, se originan a partir de problemas centrados en aspectos de la vida social, que ocupan un espacio social y simbólico diferente. En este sentido, tal como se dice que hay una «razón de Estado», también hay que admitir que hoy existe una «razón de la sociedad», que no siempre coincide con la anterior y puede ser, por lo menos, diferente cuando no contradictoria con ella. Un ejemplo: cuando hasta las Naciones Unidas recomiendan que no se amplíen los bloques militares, es difícil que cualquier organización ciudadana, preocupada por los temas de la paz, estuviera a favor de la entrada de España en la OTAN, por muchas razones de Estado que hubiera para ello.

Ahora bien, todos estos problemas han existido en los movimientos sociales europeos, pero adquieren mayor relevancia en España debido a la juventud de las instituciones democráticas. Esto se manifiesta en dos aspectos principales: la necesidad de consolidar las instituciones estatales y el débil tejido asociativo español. El primer problema es obvio: para los partidos, en la época de la transición no se trataba tanto de hacer una crítica al funcionamiento del Estado democrático y asistencial, sino de ponerlo en marcha. Por ello, en muchas ocasiones, había razones de Estado que exigían moderación, consenso y pactos. La creencia en esta necesidad era compartida tanto por los partidos y dirigentes políticos como por la propia sociedad española que ha tenido momentos de movilización y presencia en las calles, pero también de exigencia de estabilidad. El tema, por tanto, de crítica a la razón de Estado se da en un contexto político diferente al de los países europeos.

Frente a esta situación, desde los movimientos sociales ha habido falta de reflexión sobre cómo participar en este proceso de construcción del Estado democrático, al mismo tiempo que se le hacen críticas, o, mejor, cómo exigir ciertas carac-

terísticas a las instituciones representativas que fueran favorables, en el futuro al desarrollo de los movimientos. Como se ha dicho ha habido poca reflexión teórica, y este tipo de problemática no podía ser importada como otros elementos ideológicos. Es interesante señalar que esto produjo dos problemas en los movimientos sociales: su escasa participación en las negociaciones que realizaron las fuerzas políticas durante el período de la transición y su divorcio de la opinión pública, cuando el radicalismo de los movimientos aparecía como contradictorio con la moderación que hemos descrito.

En cuanto a la debilidad del tejido asociativo, ésta afecta a todas las organizaciones políticas y ciudadanas y también a los movimientos sociales. En otros países las organizaciones ciudadanas son una fuente importante de reclutamiento y de apoyo a los movimientos sociales. La escasa existencia de estas organizaciones en nuestro país afecta tanto al apoyo que éstas pueden prestar como a la cantidad de participantes y activistas de los movimientos. Esto acentúa aún más la presencia de militantes (o ex) de partidos políticos y perjudica la necesaria autonomía que los movimientos sociales deben tener.

A la poca participación ciudadana hay que agregar la desconfianza que ha subsistido en los movimientos sociales ante la posibilidad de buscar formas de organización legal, por el temor a la burocratización y al autoritarismo. En este sentido, es necesario impulsar en España lo que se denomina, en el lenguaje internacional, organizaciones no-gubernamentales. En Europa tienen un importante protagonismo en todo tipo de actividades, puesto que siempre se las requiere como contrapartida a las acciones de los gobiernos. En el futuro, ésta debería ser una forma de organización a la que se prestara más atención, por el apoyo que reciben de las instituciones europeas.

Otra dificultad de la relación entre los movimientos sociales y la política es la propia organización interna de los partidos parlamentarios.

Finalmente, otra dificultad de la rela-

ción entre los movimientos sociales y la política es la propia organización interna de los partidos parlamentarios. En estos años, diferentes partidos han tenido crisis importantes que los ha llevado a su desaparición o a la pérdida de militantes y apoyo electoral. Esta situación parece haber producido en los partidos una tendencia extremada a la disciplina y al orden, predominando la actitud de que las diferencias conducen a conflictos y desintegración. Así, se ha generado una actitud poco abierta con las discrepancias y el rechazo a la existencia de tendencias diferenciadas.

De hecho, no siempre las diferencias conducen al conflicto; también, si se les da el espacio orgánico adecuado, se podrían resolver a través de la negociación. Pero parece que ha predominado la tendencia a enfatizar el orden y la uniformidad y no a buscar formas flexibles para combinar el necesario respeto por las decisiones de las mayorías con la posibilidad de organización y expresión de las minorías. Como hemos dicho, existen a veces contradicciones importantes entre la lógica y las formas de organización incipientes de los movimientos sociales y las de los partidos. Cuando los partidos permiten que sectores que se sienten afines con estos movimientos puedan desarrollar sus propias instancias de reflexión y organización, se crean mecanismos de diálogo y relaciones políticas con ellos, lo que permitiría una relación más fluida.

**Si algo debiera diferenciar
a la izquierda democrática
de la derecha
es la forma de gestión
del Estado.**

Este diálogo es importante cuando se trata de partidos que están en el gobierno. Si algo debiera diferenciar a la izquierda democrática de la derecha es la forma de gestión del Estado. La izquierda no sólo debe estar atenta a la presión de las fuerzas sociales y económicas más poderosas, sino que debería conseguir que el Estado tenga un rol activo en la eliminación de desigualdades sociales y permitir que se creen espacios sociales de participación. El Estado y los partidos políticos no pueden reemplazar a los movimientos sociales, por mucho que, en el corto plazo, parezca que inciden en ellos. Sólo deberían contribuir a que encuentren su propio espacio político, del mismo modo que se ha creado el del resto de las organizaciones políticas.

En estos momentos, en que la creación de instituciones políticas representativas se ha consolidado, poniendo fin a la transición, parece urgente plantear el debate sobre la profundización de la democracia, legitimando los espacios de participación de las organizaciones ciudadanas y los movimientos sociales. Pero, para ello, unos y otros deberán buscar clarificar sus diferencias, puesto que éstas realmente existen, convertir en norma de conducta el respeto al espacio ajeno y resolver los conflictos por la vía de la negociación.

¹ Alain Touraine, *La voix et le regard*. Paris: Editions du Seuil, 1978.

² Alberto Melucci, «Los movimientos sociales en el capitalismo tardío», en *A priori*, 6/7, julio-diciembre de 1983.